

septiembre 4 de 1972

Sr. Antonio Acevedo Escobedo

Mi muy estimado Antonio:

Ayer domingo te ví y oí en un canal de la televisión, diciendo justas palabras sobre Juárez. Ese - imprevisto y moderno encuentro me hizo pensar en el bien de saludarte. Y lo hago enviándote copia de un poema que salió mal publicado en el No. 187, hace - una semana, de la Revista Mexicana de Cultura de EL NACIONAL.

Un abrazo de

Enrique Gabriel Guerrero

ODA A JUAN RULFO

Si tan sólo en el aire
descendiera
un poco de certeza, una hoja,
una pequeña rama con retoños y luces,
un fragmento de campo enternecido por la sombra
o la niebla,
si cayera del cielo un grito herido,
la pena rencorosa de una viuda,
un suceder extraño
o un fantasma,
yo llamaría a tu casa
para darte
mi asombro o un poema.

Si pudiera de pronto convidarte
a entrar a ciegas por el alba
los dos oyendo como caen las aguas
en la siembra,
o entrar a un sueño con la luz en alto
y abrir pesadas puertas
para saberlo todo,
al final exclamando:
esta es apenas una tarde
tirada sobre el mundo,
te pediría un consejo,
una prenda, una señal acaso,
un papel blanco o una estrella.

o esta convulsión,
yo quitaré el lucero que se levanta
y lo pondré en su mano.

Si llegara una lágrima en la sombra
la rompería para que tú la oyases.
Si han de venir las aves
primero que las nieblas
a ayudarme a decir lo que quieras
sin enmiendas,
si se cubren los muros de mujeres
y el humo pasa con solemnidades
por el cielo,
si hay en el aire
cosas que no entiendo,
insistiría en llamarte,
ver si estás caminando,
si pasaste incendiando
con sobresaltos campesinos
las furias del invierno.

Si esta luz es penumbra transitando,
si el agua se ha escindido
y en los llanos
tan sólo queda su galope enjuto,
y en el umbral te quedas
contemplando los estragos
mientras fijas con una luz por tinta
la acidez de la tarde en los granados,
si todo existe como lo escribiste
y las casas del pueblo van volando,
y estás turbado
o estás desensillando,
yo quitaré el lucero que me alumbra
y lo pondré en tu mano.

Me alegraría si llegas;
 te sembraría un manzano.
 Si déjeras:
 este aire es una ciega sementera,
 sólo es polvo sitiado,
 un alimento vano que dá pena,
 tal vez te comprendiera.
 Si pasas o has llegado
 con el otoño al hombro
 y no hay nada en la sombra,
 y el día es como una lápida
 o un llanto enarenado,
 y en la plaza no hay nada sino el día
 vertiginoso y pálido,
 y todo lo que tengo es lo que escribo,
 lo que estalla en el aire
 por si vienes o llegas con un sueño
 y un cigarrillo herido entre los dedos,
 entonces,
 dejaría que las hojas amortigüen el tiempo
 y les pondría reflejos en el dorso
 para espejo de pájaros,
 y estarías otra vez desconcertado.

Enrique Gabriel Guerrero

Febrero de 1971